

LA MUJER DE GUIPÚZCOA

EN EL

CULTIVO DE LAS LETRAS



NUNCA ha sido grande el número de escritoras guipuzcoanas, mas no ciertamente por incapacidad artística. La mujer guipuzcoana sabe sentir hondo y pensar con rectitud y no le son extraños, sino, por el contrario, familiares, ensueños y aspiraciones que se alimentan de los esplendores de lo ideal. Las nieblas casi perpetuas que sólo á ratos dejan brillar al sol haciendo desear y amar con más fuerza sus vividos destellos, infunden en el ánimo vagas inquietudes, anhelos de un mundo mejor, suavísimas y poéticas tristezas atenuadas y ennoblecidas por esperanzas inmortales. En un país donde las nieblas son tan mudables y caprichosas como en el nuestro, donde los accidentes del paisaje, la infinita variedad de matices de que la Naturaleza se reviste, tienen un encanto inefable y á toda alma algo activa ó ambiciosa hablan de la grandeza sin límites de un Supremo Ordenador que ha sabido crear tantas y tan exquisitas bellezas, el espíritu de la mujer no puede ser extraño á los purísimos goces del arte. Y Guipúzcoa no había de ser excepción de esta regla, y no lo es en verdad. Las singulares disposiciones de la mujer guipuzcoana para el cultivo del arte musical, son prueba irrefragable de lo que venimos afirmando. El instinto músico es en Guipúzcoa como innato: parece que las brisas de nuestros montes, y el susurrar de las auras que acarician los árboles de nuestras selvas, y el murmurar de los arroyos que serpentean por entre los valles guipuzcoanos, y el cantar de los pajaros que pueblan nuestras umbrias encañadas, han depositado en el alma de la guipuzcoana, acoscumbrada á escuchar desde su infancia tales armonias, el

gérmen de la música, haciéndola extraordinariamente apta para penetrar é interpretar las vagarosas é indefinidas bellezas del arte de Orfeo.

Por todo ello, no hay que achacar á incapacidad artística la escasez de escritoras guipuzcoanas. La causa de esta escasez hay que buscarla en otra parte: verbigracia, en el medio social, en la carencia de grandes centros de cultura literaria, hasta en las mismas relevantes dotes de la mujer guipuzcoana para administradora de la sociedad doméstica, porque, atareada en las labores honradas y enaltecedoras del hogar, no podía consagrarse á otras ocupaciones más amenas seguramente, pero también menos importantes, menos transcendentales y menos imprescindibles en el orden de la vida.

La pobreza del suelo engendra, por regla general, en quienes lo habitan, alientos de heroísmo é instintos de ahorro y economía. Así ha ocurrido en nuestra tierra. Su casi esterilidad ha obligado al hombre á ganarse el pan mediante costosísimos esfuerzos. La historia de nuestros siglos medio lo atestigua, refiriendo las hazañas casi increíbles de los audacísimos navegantes que salían de las costas guipuzcoanas á arrancar al mar algo de sus tesoros, ya que la tierra, dura de suyo, ingrata é improductiva, se los negaba. Y así como esa pobreza del suelo obligaba á los hombres, ó los impulsaba cuando menos poderosamente al heroísmo, así también inclinaba á la mujer al ahorro, á la economía, á la buena administración de aquello que tan á duras penas se adquirió, completándose así las aptitudes del hombre y de la mujer, y formando un hermoso concierto, semejante á la provechosa y dulce armonía que se hace en la música con diversas cuerdas, para valernos del símil que usa Fray Luis de León en ese modesto y exquisito joyel lirerario que se intitula *La perfecta casada*.

Hay también otra razón que ha influido grandemente en la escasez de las mujeres guipuzcoanas dedicadas á trabajos literarios. Por varias y complejas causas, que no es esta ocasión de detallar la lengua, la lengua privativa de los nacidos en Guipúzcoa, aquella que, entre arrullos y caricias, aprendieron en el regazo materno, y aquella, por consiguiente, en que únicamente pueden expresarse, sin nubes que los empañen, los sentimientos más íntimos del corazón, ha carecido hasta época reciente de un cuerpo de literatura. Alguno que otro amante de las tradiciones patrias la cultivó, pero sólo por afición individual, por noble apego á lo que constituía la nota más singular y característica de su raza y gente. Las voces de tales cultivadores del bascuence, como

eran solitarias y aisladas, se perdían en el vacío, y no podían contribuir á crear un medio social en que se aspirase, por decirlo así, el amor á la lengua bascongada y el deseo de cultivarla literariamente.

Y como el libre ejercicio de las facultades humanas está limitado por mil circunstancias que lo modifican y condicionan, no siendo las menos importantes de ellas la educación que se haya recibido y la atmósfera social en que se viva, la mujer guipuzcoana, atenta siempre á ser la guarda de la casa, y no acostumbrada á servirse del bascuence más que para usos puramente domésticos y vulgares, no podía, sin penetrar, sea por estudio, sea por intuición, las entrañas de ese idioma que era el idioma en que pensaba, trasladar al papel las voces misteriosas del corazón, los mil vagos é indefinibles rumores que allá en lo más recóndito del alma se perciben, todo aquello, en fin, que constituye la mejor porción de los libros que salen de manos de mujer, los cuales se distinguen siempre por cierta singular delicadeza, por cierta poética y elevada ingenuidad con que traducen en palabras escritas lo que el gran poeta italiano llamó

il parlar che nell' anima si sente.

CARMELO DE ECHEGARAY.

